



En Espenuca.

Aldeas de la memoria

CARLOS PENELAS*

Fotografías: Alfredo Erias (X-2010)

Un viaje a Coirós

Hay nombres que llegan de la infancia. Nombres cargados de afecto, de mitos. Palabras que navegan en esa niebla del ensueño, en la niebla de los hijos de la diáspora. Podemos levantar la cabeza y decir *verraco vetton*. Y es hermoso el término, bella la imaginación, utópico el pronunciar. Pero eso es parte de la inteligencia emocional. En cambio si decimos casi balbuceando, casi como un rezo pagano, si decimos digo, Betanzos, Espenuca o Coirós, hablamos de la infancia, de nuestros padres. Es así como vemos sus manos, sus caricias, sus miradas. Y escuchamos sus voces.

Uno evoca la Escuela de los Inmigrantes de Coirós, la Escuela de los Inmigrantes Fillos de Ois. Uno pronuncia en calma y viene Santa María de Oís. Y el mirador de Espenuca. Y el puente romano. Y un niño labriego con una honda de David buscando sus ovejas. «Manolito, Manolito...» Qué sencillez, uno piensa. Qué cosa simple esta de las palabras, de los sentimientos, de las escrituras mágicas. Regresa la casa, el hogar, el rostro de la abuela. Es entonces cuando recordamos lecturas y mencionamos a los griegos que no creían en el regreso. Ulises no regresaba para quedarse, regresa para volver a zarpar.

* **Carlos Penelas** nació en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en 1946. Es poeta, escritor y conferenciante. Publicó más de veinte libros de poesía y prosa. En octubre de 2010 dio un ciclo de conferencias por varias localidades españolas, entre ellas Betanzos... Nunca ha dejado de reivindicar sus raíces gallegas y su ligazón emocional con Espenuca.

Estuve recorriendo Coirós. En silencio, con dos amigos: Manuel Fiaño y Miguel Gayoso. Los iba escuchando en el auto mientras evocaba la playa de Pedrido, el Pazo de Marinán, Fisterra, el faro de Touriñán, Muxía. Llevaba en mi memoria el nombre de «Foucellas», las cálidas palabras, las inteligentes palabras de Alfredo Erias. Y la presencia de mi hermano menor: Manuel Suárez Suárez. También llevaba en mí la generosidad y el afecto de Alexandre Nerium junto al recuerdo de un cuento maravilloso de Manuel Rivas. Así iba internándome en los senderos de Coirós. Aun faltaba conocer Navalafuente, aun faltaba recorrer Patones. Y Gijón y Oviedo. La emoción poética, les dije a mis compañeros de ruta, genera otra realidad, otra opción. A veces es testimonio, entreteje lo íntimo del ser: su libertad. Los límites de mi lenguaje son los límites del mundo, agregué.

Desde la época de Mendiño, ese juglar renovado y misterioso, la poética gallega tiene el recuerdo del gozo, el deseo y la esperanza de volverlo a gozar. Es así, pensaba en silencio mientras Coirós confrontaba otra imagen, otra guía interior. En estos caminos suelen cristalizarse la melancolía o la saudade de la enamorada. Sentía (no se los confesé en esa oportunidad) una simbiosis del paisaje con el sentimiento. El paisaje no es decoración, es confrontación y compañía. Nos enfrenta y nos habla. El lirismo de ese paisaje gallego es difícilmente superable. Entonces vinieron a mis oídos – al cerrar brevemente los ojos – unos viejos amigos: Martín Codax, Xohan Zorro y el rey Don Denis. La poesía celta, para el poeta Matthew Arnold, pertenece a un mundo pagano y mitológico. Una vez más la magia se halla extendida y los dioses vuelven a mezclarse con los sucesos humanos.

Escucho un lenguaje que parece reinventar siglos, formas de máxima concentración, una conciencia clavada en el devenir del ser. Sé que el carácter mítico no es privativo de un sitio particular. Sé también de la mitología personal, de lo alegórico, de lo metafórico. Al bautizar las cosas nace la ingenuidad, la unicidad del hecho mítico. Vivimos un estado de gracia, de éxtasis; un sentido determinista del destino. Más claro: la visión mítica de la realidad.

Coirós, Espenuca, Betanzos, quieren decir no estar solos. Saber que en esa gente, en esos bosques, en esas piedras, hay algo tuyo. Que son cosas que te esperan. Muchos, la gran mayoría tal vez ni lo imaginen. Pero uno sabe que otra ciudad emerge, otros bosques, otros manantiales. Un tono intransferible que persiste. Tal vez tenga relación con la diáspora, con la pérdida, con el exilio, esa alianza entre el silencio y la palabra. Tal vez esa situación hipnótica que sentimos tiene relación con la búsqueda de nuestras raíces. Quizá de allí el desarraigo, la melancolía; un hijo perdido entre el despertar del tu y del yo.

Sé que ya nadie puede desoír lo que la experiencia onírica convoca: el poema se forja de adentro hacia fuera. Y para que el poema alcance condición de tal tuvo que haber dicho una verdad muy honda y personal. La palabra, a veces, es una mirada perdida, infinitamente cansada. Una mirada que siente la fugacidad pero al mismo tiempo la rebeldía. La decisión de poetizar es lejana e incomprensible. Visiones, atmósferas, imágenes, fragmentos.

¿Qué se le muestra de un lugar a un extranjero?, me pregunto. Ahora viajo a Coirós desde el sillón de madera de mi escritorio. La voz recuerda no precisamente el olvido, sino lo que hemos elegido olvidar. Estos nombres los llevaré conmigo hasta el fin de mis días. Son los secretos de la infancia, los rostros de mis padres, de mis tíos, de mis hermanos. La fotografía del abuelo Pedro y la del abuelo Tomás. Y los barcos, las cartas, las cerillas. El poeta siente el peso de las almas, escribió Víctor Hugo.

Buenos Aires, noviembre 9 de 2010.

Flavium Brigantium

Sólo conozco partidas, no sé del retorno. Lo que busco está delante de mis ojos. Se trata del pasado, de un pasado que avanza a medida que recorro paisajes, aldeas, mares, puentes romanos. Siento que ese pasado que contemplo cambia mi itinerario, modifica mi sueño. Todo dura o nada permanece en la mirada del poeta que descubre la diáspora en un tiempo incierto. Siento que reconozco en estas escalinatas el pazo del Illobre y un castro que recorro en silencio. Veo ciudades invisibles, lluvias remotas contra los soportales, murallas destinadas a mantener la sutileza de las noches sin muertos. «¿No ha sido cada aurora en su esplendor / el reflejo de nuestra gran nostalgia?», escribí para siempre nuestro Nazim Hikmet.

Estoy sentado en un sillón de roble. Era de mi padre, del juego de muebles de cuando se casó. Frente a mí, el escritorio de caoba de un viejo anarquista; una ofrenda de la insurrección y del recogimiento. Ahora veo -una vez más- al cerrar los ojos la iglesia de San Francisco. Es uno de los ejemplos del arte gótico de toda Galicia. Veo los enterramientos y los sepulcros. Veo el oso y el jabalí. Intentó leer sus piedras, sus códigos, sus señales. Toco las piedras en soledad.

También veo un molino celta, de mano. Téngulas, sarcófagos de enterramientos antropomorfos. Entre los arbustos descubro el *ulex europaeus*, el «tojo bravo». Aparecen ante mis ojos cerrados mámoas y antas. Digo Costa da Morte, digo Vimianzo. Unos amigos me enseñan unos batáns, me explican su funcionamiento, los distintos nombres de sus elementos. Ya no los escucho. Escucho la voz de Constancio Romero Lasarte un maestro laico que hablaba con sus hijos, Acracia y Liberto, a principio del siglo XX del amor y del internacionalismo proletario.

Ahora la cruz antefixa de la iglesia parroquial de Santa Eulalia de Espenuca, sobre el testero de la nave, sobre la puerta de entrada. Digo Chelo, digo Mendo. Ahora la playa de Pedrido, la visión mítica de la realidad, el territorio de la iconografía mítica. Otra vez parto de la fábula simbólica del antiguo castro de Untia, la unicidad del hecho mítico, la inmigración de mis abuelos, la inmigración de los abuelos de mis padres. Recorro el cabo de Touriñán, la pequeña península llamada A Insua, el cabo más occidental de España. Y veo al señor marqués de Espenuca, rubio, de ojos celestes, con una rama de roble en la mano.

Escucho la vaca de Fisterra un día de niebla. En esta zona hay un caballo de oro enterrado. Hay marcas del caballo del Apóstol. Dio sorprendentes saltos para vadear ríos y saltar montañas. Es un mítico corcel etrusco y las voces de ultratumba nos convocan a callar. Desde este lugar se pasaba al más allá.

Voy descubriendo rastros, huellas; desordeno los puntos cardinales. La noche cae sobre las orillas, las barcazas llevan la clarividencia de la tierra. Desde las aguas silenciosas sube entonces una plenitud de soledad y angustia. Aquí mismo sé que me voy aproximando al mundo de mis orígenes, debe desnudarme y arrojarme a la intensidad de la aldea, buscar el manantial que han ocultado, la casa de mis mayores que hay detrás de muros sin piedad. Siempre hay un lugar donde el corazón late su recuerdo, su certidumbre. El principado esta en el fondo de esta aldea, de estos caminos sembrados de zuecos y memoria. La pobreza no ha sido una desdicha en mi vida, puso el sol en las manos de los pastores, ha equilibrado la divinidad de los abuelos, la honra de mis padres, la labor para sustentar el pan, una pasión silenciosa bajo la llama.

Ya no me importa la eternidad. En verdad jamás me interesó. No hay límites para amar ni para evocar las sombras. Uno siempre sintió la rebelión, la libertad de la utopía sobre la fidelidad instintiva de una luz lejana en una casa de piedra, la elevación del alma. Hay un entendimiento amoroso de la tierra y los viejos labriegos, una visión de exilios pero también de búsquedas y peregrinajes que viajan sin brújulas.

Escucha a tu corazón, me digo. A nadie más. Esta es la copia del Paraíso que no existe, este es el camino del pasado; nos desplazamos sin prontitud de un lugar a otro sin salir nunca de la aldea; sin demasiada amargura, sin demasiada esperanza. Hemos aprendido a conocernos. Ya no reposa la mirada ni el sueño. Vienen imágenes que nos sorprenden en una vida cómoda pero vacía. Hay que dejarlo todo, digo, hay que dejarlo todo.

La poesía sucede en la intimidad. Intimidad procede del latín *intimus*, el superlativo de interior, «lo que está más dentro, más al fondo». Lo secreto, lo de uno. Es cuando nos preguntamos ¿Quién es éste hombre que vomita ramas? ¿Qué tradición o mito nos oculta? Aquí estamos, entre los incensarios de oro y la mirada de los bueyes. Sólo conozco partidas, no sé del retorno.

Ahora estoy frente al palacio de Lanzós. Ahora recuerdo a Manuel Luján Freire, a Pardo de Cela, a Antolín Faraldo. Ahora recorro la iglesia Santa María de Azogue, recorro su planta de cruz latina, la capilla de Jesús de Nazareno. Uno siente en estas callejuelas la percepción del bien, el deseo de conseguirlo, la fruición de poseer el objeto amado. Ese era el sentido de los escolásticos medievales, el amor deriva de la alegría, como lo manifestó Spinoza. *Delectatio* era para aquellos pensadores el nombre más general para todos los disfrutes. Los placeres de la carne y los placeres del alma. Para Sartre la alegría es gratuidad y generosidad. *La alegría llega al encontrarse fuera cuando uno se había perdido dentro*, escribió. Es una manera de la celebración vital, una manera de recorrer lo interior. Se trata del pasado, de un pasado que avanza a medida que recorro la nostalgia, la textura del alma, los olores de la tierra y del pan, el reconocimiento de los heraldos invisibles.

Buenos Aires, noviembre de 2010.

A mis abuelos

Han pasado muchos años. Siento que debo confesar lo íntimo, transmitir aquello que tal vez otros sientan o imaginen. Entender o intentar entender nuestras raíces, nuestros dioses ocultos. Comenzaremos entonces, de la manera más sencilla, más sincera. Nunca me atreví a decirles ciertas cosas a mis padres o a mis hermanos. Tal vez temía un rechazo. Ahora creo que era la imposibilidad de franquear una barrera invisible detrás de la cual cada uno de ellos estaba parapetado. Decirles que eran buenos y nobles, que los quería. Comentarle a mi madre que le quedaba muy bien ese sombrero pequeño con medio tul sobre el rostro, que la hacía una mujer fina, delicada. Todos eran corteses, conciliadores a veces, pasivos en ciertas circunstancias, pero también aislados, guardando una distancia que marcaba un universo. Por momentos capaces de cóleras inmediatas y absolutas, como en mis padres y hermanos. Sospeché que ciertas cosas venían de mis abuelos y de los padres de mis padres. Esas cóleras eran muy parecidas a un fenómeno natural.